

recuperación política del sufrimiento. De este afamado neuropsiquiatra, psicoanalista y etnólogo también se recoge una breve entrevista posterior al coloquio, junto a la del pionero en el trabajo con testimonios infantiles Stéphane Audoin-Rouzeau.

En definitiva, *Enfances en guerre* es una publicación imprescindible para todo aquel que busque incorporar a sus investigaciones unas fuentes tan singulares como son los testimonios infantiles en tiempos bélicos, sobre cuyas prácticas y representaciones conviene no dejar de preguntarse. Como bien apunta Manon Pignot en las conclusiones y demuestra este libro, este campo, lejos de ser restringido y cerrado, abre nuevos caminos para los estudiosos de disciplinas muy diversas. Las reflexiones que plantea acerca de la metodología y la historiografía son enormemente enriquecedoras para el especialista y el compendio de voces recogidas traspasa las fronteras y el tiempo y se convierte en una llamada de atención universal al estudio de la infancia en cualquier guerra.

Idoia MURGA CASTRO

Universidad Complutense de Madrid

FORTI, Steven, *El peso de la nación. Nicola Bombacci, Paul Marion y Óscar Pérez Solís en la Europa de entreguerras*, Santiago de Compostela, Universidade de Santiago de Compostela – Publicacions da Cátedra Juana de Vega, 2014, 651 pp.

En una reciente intervención a propósito de la *Historia de los heterodoxos españoles* de Marcelino Menéndez Pelayo, el jurista tradicionalista Miguel Ayuso relataba las claves por las que fue posible que el erudito santanderino realizara un compendio del desviacionismo religioso en España. De su opinión se traslucía que no habían sido precisas muchas alforjas para tamaña empresa, puesto que las ovejas negras y los herejes que habían atravesado la historia de España podían contarse con los dedos de una mano. Afortunadamente, hasta ese despeñadero de las tradiciones que habría sido el Ochocientos, la norma y la rectitud habrían prevalecido sobre la disidencia, salvaguardando así la indisoluble ligazón entre catolicismo y españolidad. Lo que era complejo, por inabarcable, era dar testimonio de quienes no habían apartado sus pasos del sendero de la ortodoxia. Como fenómeno singular, la historia de los renegados debía ser recuperada y pasada por un tamiz moralista que los confrontara con el recetario de virtudes, costumbres y atribuciones que informaban la identidad de los ortodoxos.

Si las herejías, las conversiones y los tribunales de pureza estuvieron a la orden del día en un tiempo en que la religión y las creencias articulaban la vida en sociedad; los tráfugas y traidores de los movimientos políticos del siglo XX constituyen la actualización moderna de un fenómeno inveterado. Un cambio de formato adaptado a la era de la brutalización de la política y las religiones civiles. Aquellas que, por decirlo con lenguaje schmittiano, separaban amigos de enemigos a través de un esquema

interpretativo dualista. Y es que fue precisamente aquello que tenían de sustitutivo de lo sacro ideologías como el comunismo, el nacionalismo o el fascismo lo que hacía inasumible no ya que alguien sacara los pies del tiesto, sino que se pasara con armas y bagajes al adversario ideológico como hicieron Nicola Bombacci, Paul Marion y Óscar Pérez Solís, los protagonistas del libro que se reseña. Juzgados habitualmente como la quintaesencia de la inmadurez, el oportunismo o el chaqueterismo políticos, los mantras formulados contra quienes transitaron de las organizaciones políticas y sindicales de la izquierda a las del fascismo en el período de entreguerras habían logrado hasta hace pocas décadas precisamente aquello en lo que persistía Miguel Ayuso. Hacer creer que dichos traidores eran una *rara avis* cuyo estudio había de acometerse bien para taponar fisuras y cerrar filas en torno a la pureza doctrinal, bien para mostrar una serie de conductas dignas de exhibición pública por ser curiosas, anómalas y racionalmente inexplicables.

Atrapados en la red de lo anecdótico, los nombres de aquellos conversos tan solo pasaban de puntillas por las historias del movimiento obrero y los trabajos sobre los distintos fascismos nacionales. En todo caso, no había una intención profunda de comprender y hacer comprender cómo y por qué fueron posibles dichas derivas. Tampoco había un afán comparativo que permitiera integrar el fenómeno en moldes más amplios. Desde otra óptica, aquellas derivas servían para que editoriales de sello neofascista desempolvaran los escritos de aquellos autores o glosaran acriticamente los itinerarios políticos de unos hombres cuyo ejemplo actuaba como prueba palmaria de la superioridad filosófica del fascismo. Es el caso de los trabajos que en España ha publicado Ediciones Nueva República sobre los recorridos de hombres como Marcel Déat, Jacques Doriot, Enrique Matorras o el propio Nicola Bombacci. En las antípodas, para la historiografía liberal clásica aquellas derivas se veían como la demostración irrefutable de los vínculos conectores entre los excesos discursivos y prácticos de las ideologías antiliberales, nuevo abono para el campo de las teorías del totalitarismo en la época del fin de la historia y de las ideologías. Por último, alguna de las tesis sobre el nacimiento de la ideología fascista como la del israelí Zeev Sternhell examinaban de refilón la cuestión de las relaciones entre marxismo y fascismo si bien lo hacía en un plano más platónico e ideal que atento a las prácticas, acciones y cronología.

No fue hasta hace relativamente pocos años cuando la historiografía europea cogió definitivamente las riendas de dicha materia y comenzó a tumbar el muro de malditismo y silencio que había ocultado, haciendo hincapié en lo insignificante y excepcional de aquellos casos, las trayectorias de cuadros políticos que habían desempeñado puestos relevantes en la izquierda revolucionaria a principios del Novecientos y que posteriormente pusieron sus esfuerzos y sus plumas al servicio de movimientos o regímenes fascistas. El más completo de aquellos trabajos pioneros fue *La dérive fasciste. Doriot, Déat, Bergery, 1933-1945*, escrito en 1986 por el suizo Philippe Burrin, referencia inexcusable para Steven Forti. En sus páginas, Burrin trató de suministrar un esquema de análisis de las “pasarelas” de la izquierda al fascismo a partir de un enfoque político-cultural que encontraba sustento en tres series de elementos que el autor estimaba propios tanto de la cultura política de emisión como de la de destino: la similitud de principios de organización y métodos

de actividad política; la existencia de signos, valores y emociones irracionales y comunitarios compartidos por ambas tradiciones; el común desdén hacia una serie de valores filosóficos, políticos y económicos (liberalismo, democracia parlamentaria, capitalismo).

Tomando como punto de despegue las directrices fundamentales de Burrin, Steven Forti proporciona en *El peso de la nación. Nicola Bombacci, Paul Marion y Óscar Pérez Solís en la Europa de entreguerras* el primer ensayo sobre el tránsito de responsables políticos de la izquierda al fascismo que supera el vallado de las historias nacionales y busca trazar un auténtico cuadro interpretativo sobre el fenómeno a nivel europeo. Italiano de nacimiento, pero de formación académica a caballo entre España y la nación transalpina –no en vano, su tesis doctoral, que fundamenta este libro, fue dirigida conjuntamente por Pere Ysàs y Luciano Casali– Steven Forti es uno de los más firmes valores de la nueva hornada de jóvenes historiadores en España. Miembro del Centre d'Estudis sobre les Èpoques Franquista i Democràtica (CEFID) y del Seminario Interuniversitario de Investigadores del Fascismo (SIIF), tiene mucho que decir en el gran recipiente de los estudios del fascismo. Su mejor carta de presentación es este libro.

Para retratar el escenario político y cultural en el que se desarrolla la función, Steven Forti se ha servido de un hábil manejo de distintos perfiles metodológicos. Innovadores unos, como la perspectiva transnacional, y otros clásicos pero sometidos en los últimos tiempos a enmiendas y revisiones, como la biografía vital y política y la historia del pensamiento y el lenguaje político. Gracias a un uso excelente de la historia comparada y de las transferencias culturales y a la comprensión del fascismo como expresión transnacional, Forti ha podido evitar los coágulos a los que conducen las lecturas históricas en clave de excepcionalidad. En ese sentido, y de acuerdo a lo que lleva décadas produciendo la literatura europea, Steven Forti pone en contacto casos usualmente tenidos por centrales en lo que a fascismo se refiere, como el italiano, con otros que tradicionalmente figuran como periféricos, como el francés y el español. De esta manera ha podido mostrar las localizaciones simultáneas de aquellos teatros en los que se abría paso un clima de franca autonomía para la definición de nuevas identidades y lealtades políticas. Y lo ha hecho huyendo de la imagen del fascismo como impregnación extranjerizante, reconstruyendo minuciosamente el ambiente y culturas políticas de cada uno de los países que analiza con la finalidad de que las andanzas de sus biografiados no naufragaran en la descontextualización. En este sentido, resulta digno de mención el trabajo que ejecuta para recrear las realidades políticas de tres naciones cuyo curso siguió ritmos marcadamente disímiles pero que no encubren también analogías. Algo a lo que no está sino acostumbrándose la historiografía española, que puede encontrar en este libro tanto un modelo satisfactorio de aplicación comparatista como un suplemento de los horizontes temáticos en que suele desenvolverse. Y es que aunque en los últimos lustros autores como Francisco Veiga, Ferrán Gallego, Alejandro Andreassi, Francisco Morente, Gustavo Alares, Miguel Alonso o David Alegre han creído que sería imposible dar cumplida cuenta del proceso de configuración del fascismo español sin establecer unos mínimos canales comparativos con lo que sucedía en otras realidades, no puede decirse que en España se cuente con una amplia bibliografía en esa dirección. Triste prueba de ello

tal vez sea la escasa visibilidad de la que ha gozado un libro ciertamente vinculado a la materia que se reseña: *La utopía del comunismo jerárquico. Política y sociedad en Ugo Spirito*, de Sergio Fernández Riquelme (2010).

En cuanto a los actores, la obra de Forti se inscribe en la ola de publicaciones sobre el fascismo que tiene por objeto recuperar al sujeto e incidir en la dimensión eminentemente humana, privada, emocional, subjetiva del fenómeno. Convencido de que las trayectorias vitales y políticas que examina condensan algunas de las claves explicativas del transfuguismo político y que actúan como transparentes cristales que permiten observar la capacidad de arrastre y de absorción de los anhelos y contradicciones de sociedades en ebullición que tuvo el fascismo como *catch-all movement*, Forti suministra una sólida exploración por el viaje de abjuración de tres destacados cuadros políticos que pasaron de ser adversarios ideológicos a creer, obedecer y combatir por la utopía fascista. Y lo consigue, es menester subrayarlo, valorando el cambio y la contingencia e insertando cada decisión política de los biografiados, sin juzgar el pasado que estudia a la luz del conocimiento que tiene de la última etapa de su peregrinaje. Todos ellos depusieron su inicial fe revolucionaria y su compromiso con las organizaciones del movimiento obrero sin abandonar totalmente los valores e ideas que habían defendido y sin perder en el trecho hacia el fascismo el ingrediente que Steven Forti estima crucial y común a todos ellos: el trascendentalismo, la pasión política, el frenesí del *engagement*, la concepción de la política como acción. No lo perdió Nicola Bombacci, uno de los principales propagandistas marxistas de los años diez, conocido con el sobrenombre de *Lenin di Romagna*. Líder de la facción maximalista de los socialistas tras la Gran Guerra y secretario general del PSI, rompió con el partido adoptando posturas alineadas con la Tercera Internacional y fundó el PCd'I. Fue progresivamente distanciándose de su antigua militancia política y a mediados de los treinta comenzó su acercamiento al régimen del Duce, a quien sirvió junto a una pléyade considerable de tránsfugas en *La Verità* y junto a quien agotó sus días en abril de 1945. Su cuerpo inerte fue exhibido en la gasolinera de Piazzale Loreto de Milán junto al de Benito Mussolini, Clara Petacci y otros jerarcas fascistas. A su lado, un expresivo cartel rezaba: *Supertradittore*. Tampoco dejó la pasión política en el camino hacia Vichy Paul Marion, comunista de primera hora que ocupó en el partido destacados puestos en tareas propagandísticas. Director de *Cahiers du bolchevisme* y redactor de *L'Humanité*, se desencantó con la experiencia soviética tras una estancia en Moscú. Durante los treinta se acercó a los distintos grupos que ensayaban una tercera vía para Francia: colaboró con los neosocialistas, se interesó por el planismo, contactó con los no conformistas y se convirtió en miembro fundador y alto mandatario del Partido Popular Francés de Doriot, otro antiguo comunista. Infatigable agitador, ejerció distintos puestos de responsabilidad en el área de propaganda durante los gobiernos colaboracionistas de Vichy. Finalmente, Óscar Pérez Solís es una de las cabezas más visibles de la conversión política en sentido fascista en España. Durante más de veinte años de aventura política mantuvo intacta su desenfrenada pasión militante. Hasta desembocar en Falange Española y asumir cargos de responsabilidad sindical durante la guerra, sumó una inquieto currículum político cuyos jalones básicos fueron el socialismo posibilista, la intransigencia pro-soviética, una militancia comunista que le llevó a

ser por un corto espacio de tiempo secretario general del PCE y a dar con sus huesos en la cárcel durante la Dictadura de Primo de Rivera y una iluminación providencial al calor de su contacto en prisión con un padre dominico. Desde entonces y hasta la conflagración, difundió las ideas del catolicismo social.

Lejos de centrar exclusivamente los focos en los protagonistas de la trama, Forti muestra al público el rico plantel de personajes de primer y segundo nivel así como extras que conformaron la compañía del peregrinaje político, a fin de desvelar una realidad que había pasado inadvertida. La de la no desdeñable cantidad de cuadros políticos que en Italia, Francia y España, en este último caso en menor medida, sustituyeron la pasión de la clase por la de la nación y la lucha de clases por la armonía social del corporativismo. Si bien no fue un hecho masivo, tampoco fue extraordinario. Forti presenta así una imagen más abultada de la que el título de la obra sugiere, lo que, no obstante, la enriquece e impide que las conclusiones extraídas por el autor caigan en el saco del olvido de las anécdotas y curiosidades.

Por último, cubiertos los espacios y los actores, resta por conocer el guion. El historiador italiano no esconde su pretensión de hacer una historia política y del pensamiento. Su libro se reclama en la estela de los renovadores de este tipo de preferencia teórica en el sentido del análisis lingüístico que proponen Valerio Romitelli, Alain Badiou, Lynn Hunt y Fabrice d'Almeida. Forti entiende que el estudio de la política es el estudio de las formas en que una sociedad se configura. Siguiendo dichas premisas, el autor considera que lo político y lo social no han de ser regiones inconexas para el historiador. Por ello, para salvar el posible vacío entre una y otra forma de operar, Steven Forti recurre al examen del lenguaje político como ya hiciera en el célebre *Lenguajes de clase* Gareth Stedman Jones. Forti desgrana el vocabulario político de sus biografiados a través de los opúsculos, folletos, artículos, memorias y correspondencia privada que produjeron y lo compara con los parámetros en que se mueve el léxico de camaradas y tráfugas contemporáneos. Varias ideas subyacen a esta elección. En primer lugar, una enmienda parcial a la historia de los conceptos a la que subsigue una reivindicación de la contextualización, la singularidad y la volubilidad de las categorías, palabras y fragmentos en detrimento de la factura acabada y atemporal que percibe detrás de los conceptos. En segundo término, siguiendo al francés Fabrice d'Almeida, Forti considera que con la Primera Guerra Mundial se extiende la política como un reguero de pólvora por todos los estratos sociales y exhala su último aliento el paradigma “retórico litúrgico”, lo que da carta de naturaleza a una nueva etapa “simbólico-mágica” en el plano del proselitismo político. “La propaganda –indica el autor- cambió de significado, alejándose de la retórica y la elocuencia y acercándose al símbolo y la reflexión condicionada. De la pedagogía y la liturgia, la propaganda pasó a repetir ininterrumpidamente las consignas del momento, inventando enemigos y utilizando las imágenes más negativas del adversario que se proyectaban en la sociedad”. En tercer lugar, y en sintonía con el punto precedente, su modelo analítico se justifica por la propias peculiaridades del lenguaje político fascista -que no solo fue fruto de diversos mestizajes lingüísticos sino que resignificó palabras procedentes de otras culturas políticas- y de los personajes que estudia, todos ellos avezados propagandistas en su época izquierdista cuyas experiencias pusieron en práctica al servicio de nuevos dogmas. Así, de manera entreverada con

la exposición de las trayectorias de Bombacci, Marion y Pérez Solís, Steven Forti realiza un minucioso trabajo de análisis discursivo prestando especial atención a: las variaciones y permanencias en el uso de categorías como “partido”, “revolución” y “guerra”; las evidentes mutaciones que sufrieron palabras como “fascismo”, “socialismo”, “comunismo”, así como los juicios sobre la experiencia soviética; y la progresiva incorporación de otros términos como “pueblo”, “nación” o “colectividad nacional” que en cierto modo desbancan el privilegiado lugar que ocupaba la “clase” y el “internacionalismo” en los primeros compases de su militancia política.

Para concluir, es justo señalar la ejemplar estructura organizativa de la obra. Porticada por una introducción prototípica en términos de reflexión acerca de los materiales, necesidades y carencias que ofrecía la comunidad historiográfica para acometer su investigación y clausurada por un igualmente impoluto capítulo de conclusiones, el cuerpo central de este ensayo queda dispuesto al modo de un juego de espejos tripartito. Tres secciones, una para cada caso nacional, con idénticos apartados en su interior (valoración historiográfica del modo en que en cada país se ha evaluado el fascismo y, más concretamente, el asunto de las “pasarelas”; breves retazos biográficos sobre otros compañeros de ruta; desarrollo pormenorizado de la biografía vital y política del personaje central de cada caso enfatizando el análisis lingüístico) lo cual facilita la mirada comparada. Lo que queda es una obra ágil en la narración y que deja al lector nítidos mensajes sobre las conclusiones que ha obtenido su autor. A nivel global, que son muchos los prismas abiertos para analizar la primera mitad del Novecientos y que probablemente la catástrofe y violencia que desataron los fascismos son obstáculos para que el historiador aprehenda la realidad plural y laberíntica de un tiempo de crisis e inestabilidad pero también de amplias oportunidades para la definición identitaria. Reduciendo la escala y parafraseando a Ricardo Chueca, que cada país dio vida al fascismo que necesitaba y que éste fue un “proyecto poliédrico que podía adaptarse a tiempos y lugares diferentes” por su capacidad para “responder a una buena parte de las demandas de una sociedad en búsqueda de seguridad y certezas”. Finalmente, y empalmando con la temática que anima la obra, que existen ciertas concomitancias entre los casos de Bombacci, Marion y Pérez Solís que permiten trazar a Forti un cuadro interpretativo alrededor de los siguientes elementos: el valor otorgado a la acción, el dinamismo y la praxis; el valor otorgado a las minorías, las élites y las vanguardias revolucionarias; una fe inquebrantable en la revolución y en la política concebida como acción; la presencia constante de enemigos comunes; la importancia de una concepción del mundo antimaterialista y fuertemente idealista. A estas variables se uniría, cómo no, *el peso de la nación* que da nombre a esta obra y cuyo concurso resulta imprescindible para comprender estos tránsitos. Como ya se ha mencionado más arriba, la clave de bóveda es, según Forti, la pasión política, la sed de fe civil.

Y es que, como dijo el también heterodoxo Pierre Drieu La Rochelle, “acaso la contradicción de los sentimientos individuales y de las ideas generales es el principio mismo de toda humanidad. Se es humano en la medida en que le hacemos trampas a nuestros dogmas”. La pregunta es: ¿fueron tramposos? O, por el contrario: ¿no fueron precisamente fieles a su dogma primigenio que no era otro que la pasión política? Las páginas de esta obra constituyen, pues, una auténtica invitación a la reflexión entre la

política, las emociones y los discursos, siendo conscientes, eso sí, de que la situación de análisis es la del tránsito de cuadros políticos y que, por tanto, no deben trazarse extrapolaciones para el caso de la militancia de base ni para buscar la explicación de los apoyos sociales y silencios que cosecharon entre enormes contingentes humanos, de toda procedencia ideológica, los movimientos y regímenes fascistas. En este sentido, *El peso de la nación* complementa por arriba y desde una óptica particular los trabajos que en la última década vienen produciendo autores como Alfonso Lazo, José Antonio Parejo Fernández, Francisco Cobo, Peter Anderson, Miguel Ángel del Arco, Julián Sanz Hoya o Claudio Hernández Burgos.

Carlos HERNÁNDEZ QUERO
Universidad Complutense de Madrid

GARCÍA CARRIÓN, Marta: *Por un cine patrio: cultura cinematográfica y nacionalismo español (1926-1936)*, Valencia, Universitat de València, 2013, 343 pp.

Desde su producción hasta su proyección, muchos autores han trabajado la cinematografía a través de la Historia. No tantos han estudiado su recepción en la población, quizás debido a que los profesionales que han ocupado el tema han venido de campos que se interesaban más por lo estético y lo artístico. Y menos aún han trabajado la relación del cine con la identidad nacional, tema que trata Marta García Carrión en su obra *Por un cine patrio: cultura cinematográfica y nacionalismo español (1926-1936)*.

La autora, doctora por la Universitat de València, en la que ejerce también, ha desarrollado su labor investigadora en torno a los imaginarios nacionales y la recreación de la nación española, una obra cimentada en los últimos estudios que en el mundo académico internacional se han realizado desde una perspectiva cultural.

En esta obra publicada el pasado año, realiza un estudio sobre la identidad nacional desde un análisis intrínseco de la cultura cinematográfica. Cultura cinematográfica entendida como toda la producción de escritos, debates y actividades que giran en torno al cine, desde la inauguración de cineclubs hasta la edición de revistas especializadas en cinematografía. Así, inaugura una nueva forma de analizar la identidad nacional, esto es, introduciendo al lector en las críticas a la industria nacional, las constantes vindicaciones por la construcción de un cine netamente español y las críticas a las producciones extranjeras con argumento basado en España.

La obra, articulada de forma cronológica en cuatro apartados, cuenta con una introducción en la que García Carrión da cuenta de la teoría y los debates surgidos a partir de la misma en torno a la construcción (y recreación) de la identidad nacional y la cultura de masas, contando con importantes obras mayoritariamente del campo de la sociología, como son las de Benedict Anderson (*Imagined Communities*, 1991), Michael Billig (*Banal Nationalism*, 1995) o Craig Calhoun (*Nationalism*, 2001). Con una enriquecedora base multidisciplinar, a partir de ahí, el lector puede adentrarse en